

EL YO NEURAL:
LOS ENGRANAJES NEUROÉTICOS DE LA CONDUCTA MORAL
(Propuesta de la comunicación)

Sección temática en la que se desea participar: ética

Nombre y apellidos del autor: Jesús A. Fernández Zamora

Titulación académica: Doctor en Filosofía por la Universidad de Valencia

Actividad profesional y centro de trabajo: Profesor Asociado al Departamento de Filosofía del Derecho, Moral y Política; Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación; Universidad de Valencia

Correo electrónico: Jesus.A.Fernandez@uv.es

Resumen de la comunicación

La mente es una propiedad del cerebro, la cual funciona como una gran red en la que interactúan los distintos sistemas y estructuras cerebrales. Del funcionamiento de la mente emerge una característica que ha de ser situada en un puesto privilegiado, la conciencia, la cual es una actividad de la mente que permite distinguir los sentimientos y estados de ánimo, deliberar en la situación presente teniendo en cuenta las situaciones pasadas para emprender una acción apropiada que vaya más allá de respuestas estereotipadas. Como tal, es algo presente en muchas especies, sin embargo cuando la estudiamos en el ser humano adquiere matices propios, y es que la conciencia en el hombre se da en forma de autoconciencia; el hombre no sólo es consciente de aquello que le sucede sino que es consciente de que le sucede a él. El hombre es consciente del mundo que le afecta, pero también es consciente de sí como sujeto afectado. El animal posee conciencia, pero el hombre, aun manteniendo el carácter de animalidad, se diferencia radicalmente en que no sólo es consciente sino autoconsciente. Pero esta cuestión ha generado un gran debate. Así hay quien ha visto en la conciencia una invención reciente, no presente en las civilizaciones antiguas. También hay quien ha negado la conciencia, manteniendo que es una ilusión de nuestra mente proveniente de la cultura; La conciencia sería elaboración cultural.

La conciencia, lo mismo que la mente, es una propiedad de ciertos tipos de órganos biológicos muy evolucionados cuyo origen está en el funcionamiento de éstos, de ahí que lejos de ser un epifenómeno, se identifique con una función concreta. Pues bien, siguiendo este criterio, Crick y Koch definen la conciencia como un resumen ejecutivo. La conciencia interpreta la información recibida tanto de los estímulos externos, como la que tiene su origen en la expresión de los genes, que resume la experiencia de nuestros antepasados, y la ponen a disposición de las partes del cerebro que planifican y ejecutan *outputs* motores voluntarios. El sistema nervioso central está sobrecargado de información. De esta sobrecarga de información, sólo unos cuantos sucesos sensoriales se transforman en sensaciones fenoménicas conscientes, las cuales serán las responsables de las respuestas que dé el individuo en ese momento determinado. Este mecanismo, el cual es un producto de la selección natural, produce una discriminación de información y favorece una rápida respuesta, aunque poco elaborada. Sin embargo, esta es precisamente su utilidad, ya que en ciertas ocasiones resulta ser mucho más eficaz una respuesta rápida que una bien elaborada. Este proceso permite al organismo alejarse de comportamientos estereotipados y emitir un número

de respuestas más variadas. La conclusión es que cualquier animal cuyo sistema nervioso esté formado por miles de receptores capaces de procesar grandes cantidades de información se verá favorecido si posee la capacidad de resumir ejecutivamente toda esa información ya que planeará qué hacer en distintas situaciones y dejará de depender de mecanismos reflejos y respuestas motoras prefijadas.

Sin embargo, la conciencia no es la característica más misteriosa de la mente humana, ya que el ser humano no sólo cuenta con una mente autoconsciente y capaz de experiencias sensibles sino que, además, tiene la sensación de que en su mente hay un dueño de los actos que ejecuta. Tenemos la senación de que en nuestra mente hay como un director de orquesta, que coordina y planifica la actividad del organismo; este es el «yo» de cada uno. La característica más misteriosa de nuestra mente es que en su centro se encuentra el Yo, el sujeto agente que cada uno de nosotros somos. Pues bien, lo que queremos defender es que en este Yo, que llamaremos Yo neural, encontramos el origen neurobiológico de la conducta moral. Por ser un ser autoconsciente, por ser un Yo, por saber que es él el que emite las respuestas, el carácter responsivo, propio de los animales, en el hombre pasará a ser carácter responsable. Su capacidad deliberativa es a la vez capacidad de responsabilidad, esto es, capacidad de responder de aquello que decide hacer. Esta nueva capacidad es la que permitirá sopesar las consecuencias de una acción y asumirla como propia. Es así que el Yo implica el desarrollo de la moralidad. Por ser un Yo, el hombre delibera su acción, la sopesa y consigue tener en cuenta las consecuencias que de ella se derivarán. Podría decirse que el Yo es el inicio de la moralidad humana.